

## EN EL NIAGARA

(Contemplación)

Dedicada en prenda de respetuosa admiración y de profundo reconocimiento

a la señora María Juana Christie de Serrano

Ahí estás otra vez. . . ! El mismo hechizo  
Que años ha conocí, monstruo de gracia,  
Blanco, fascinador, enorme, augusto,  
Sultán de los torrentes,  
Muelle y sereno en tu sin par pujanza.  
¡Ahí estás siempre el Niágara! Perenne  
En tu extático trance, en ese vértigo  
De voluntad tremenda, sin cansarte  
Nunca de ti, ni el hombre de admirarte.  
¡Cómo cansarse! La belleza activa,  
La siempre viva, porque siempre pura,  
No puede fatigar. Hija perfecta  
Sin medio humano, del excelso fiat  
Que perpetuaron leyes inviolables  
En su incesante acción; mimada hermana  
Del firmamento, de la luz, del aire;  
Huésped no expulsado del edén perdido;  
Esta hermosura es creación constante  
Y original, donde trasciende el soplo  
De su autor soberano. Algo nos dice  
Que allí está Dios: el néctar de embeleso  
Y de reparación que a un tiempo mana.  
Al contemplarla en nuestro fondo bullen  
Los dormitados gérmenes divinos,  
Cual hierve al sol el ánima viviente  
De la naturaleza; y surge ansioso  
El amor de familia, el de la eterna  
E indisoluble y como al mar la gota  
Emancipada al fin de térreos lazos,  
Como del pecho de la madre el niño,  
Mudos de íntimo gozo nos prendemos  
En comunión de eternidad con ella.  
¿Podrá Dios fatigar? ¡Ah! en lo que hastía  
Hay encanto letal, triste principio  
De inercia, hostil a Dios, germen de muerte,  
Gangrena de Las almas secuestradas  
De su raudal vivífico...  
Mas ¿dónde  
Mi mente descendió? Llámala al punto,  
¡Oh Niágara! y en ti la imagen vea  
De las almas triunfantes; mire al héroe  
Sublime en su martirio; al genio mire  
Serenos en la conciencia de su fuerza.

Distráeme, diviérteme, museo  
De cataratas, fábrica de nubes;  
Mar desfondado al peso de tus ondas;  
Columnas que un omnipotente Alcides  
Descolgó del Olimpo, entre dos vastos  
Mediterráneos piélagos de un mundo.  
Sigues, gigante excéntrico, gozando  
Tu solitaria, inmemorial locura,  
Digna de un Dios. Descadenada sueltas  
Del valle por la rápida pendiente  
Tu oceánica mole, y poseído  
Del rapto a que impetuoso te abandonas  
Ebrio del regocijo de tu fuerza,  
No adviertes que ya el hombre ha sorprendido  
Este retozo de titán, violando  
La agreste soledad, y que en tus bordes  
La hormiga semidiós bulle y se empina  
A medirse contigo... ¡Ah, qué te importa!  
No cabes en la tierra, y de un arranque  
Vas a tomar por lecho el océano.  
De los más lejos términos del globo  
A visitarte viene y a elevarse  
Con tu contemplación, reconociéndote  
Sin rival hermosura. En tus orillas  
Un sentimiento en lenguas mil proclamas  
La grandeza de Dios y el inocente  
Triunfo de la inmortal naturaleza.  
Heredia te tributa entusiasmado  
El Niágara de su alma, pavoroso  
Muy más que el de tus ondas; el activo  
Cíclope anglosajón, probando al mundo  
Que es digno amo de ti, con puente aéreo  
Salva tu abismo inmenso, y por su mano  
Te da su abrazo atlético de hierro  
Esto que el hombre (insecto de un instante  
Y atolondrado por su instante) llama  
La civilización. El cielo mismo  
Tiende a tus pies esos divanes de ángeles,  
Nácar del firmamento, y oponiendo  
A un puente, mil; al arte de los hombres  
El del Señor, suspende caprichoso,  
Cual la sonrisa de la paz del alma  
Entre los estertores del que muere,  
Su iris tranquilo en medio a tu desastre.  
Basta para tu gloria, insigne muestra  
Del manantial de las bellezas; ara  
De la perpetua admiración del hombre.  
Yo, nada podré darte, aunque aspirara  
A unir mi nombre a tu famoso nombre;  
Que soy la misma sombra que otro día  
A tus umbrales se asomó impasible.  
Fantasma evanescente que en silencio

Va atravesando entre tu niebla fría. . .  
Si al estruendo volcánico, profundo  
De tu derrumbamiento, cimbra en torno  
La tierra estremecida, el viento llora  
Y aún tu cuenca de piedra conmovida,  
Sonora te responde; ¡ay! entretanto  
Sordo mi corazón no te percibe  
Ni en mi alma hierva el frenesí del canto.  
Pero ¿qué a ti, si el mismo de aquel día  
Ahí estás, en tu pompa y magno aliento,  
Como yo aquí, perenne en mi aislamiento  
Y en su tedio infinito el alma mía?  
Hoy te recorren otra vez mis ojos,  
Mustios y melancólicos como antes.  
Divino anfiteatro  
Do entre un misterio de borrasca y nieblas  
Luchan, cual en eterna pesadilla,  
Monstruos de roca y amazonas de agua.  
En mí no hay lucha, no; y en tu presencia,  
Más que tu alta beldad, me maravilla  
Mi absorta postración, mi indiferencia.  
Ese lago de leche que dormido  
Yace a tus pies; esas tendidas hojas  
De cuajada esmeralda, opacas, turbias,  
Manto marino que tu cauce vela,  
Cuyas inertes, aplanadas olas  
Atónitas al golpe, ignoran dónde  
Seguir corriendo; ese ancho remolino  
Que abajo las aguarda, y retorciéndose  
Al empuje del mar que los violenta  
Yérguese al centro, y cual pausada boa  
En silencio fatal se enrosca, y nunca  
Suelta la presa que atrayente arrolla  
Allí más bien estoy; ese el mar muerto  
De mi existencia, y el designio arcano  
Que en giro estéril me aletarga y me hunde.  
¿Dónde, oh Heredia, tu terror? Lo anhele  
Y no puedo encontrarlo. ¡Ah! no serías  
Tan infeliz cuando esto te aterraba.  
Si aquí la dicha palidece y tiembla,  
Aquí por fin respira  
La desesperación: sobre estos bordes  
Alza ella sus altares; de ese abismo  
En el tartáreo fondo  
A voluptuosidades infernales  
Un genio tentador la está llamando. . .  
No, nada alcanza a dar pavor en toda  
La alma naturaleza; el mal más grave  
Que hace, es un bien: servirnos una tumba,  
Un lecho al fatigado. Ella es un niño,  
Siempre inocente, y candorosa, y dulce,  
Nodriz; en fin que la bondad del cielo

Concedió al hombre...  
El hombre, ese es el monstruo  
(Bien lo supiste, Heredia) ese es el áspid  
Cuyo contacto me estremece; el áspid  
Que cuerpo y alma pérfido emponzoña.  
Sempiterno satán de ajenas vidas  
Y aun de la propia; turbador de tanto  
Terrenal paraíso que natura  
Brinda obsequiosa, y de cualquiera escena  
De orden y paz, beldad que a su memoria  
Presentará la aborrecida imagen  
Del malogrado bienestar celeste.  
El hombre, injerto atroz de ángel y diablo,  
Enemigo mortal de cuanto asciende  
La escala etérea en descollante copia  
De la Divinidad. . ¡Aporte, oh monstruo!  
¡Aquí Naturaleza! Yo, a la vista  
De este río de truenos-fulgurante  
Cometa de Las aguas-no querría  
Si no abrazarme dél, como aquel iris  
Que en su columna espléndida serpea.  
Y como él, ni sentido, ni sensible  
Desaparecer... Eres tan grande, oh Niágara,  
Es tan irresistible tu embeleso,  
Tu majestad, que el infortunio humano,  
A no haber otro dios, te adoraría;  
Dios de la blanda muerte, a quien en vano  
Jamás acudiría  
A descargar su insoportable peso...  
-¿Perdón, oh madre mía,  
Mártir idolatrada! Hoy es la fecha  
En que allá en nuestro hogar, alegre un tiempo,  
Tu nombre festejábamos. ¡Imploro  
De hinojos tu perdón! No es culpa tuya  
Deberte yo tan miserable vida.  
Hoy me salvas de nuevo; hoy, por ti sola,  
Por tu ternura infatigable, ardiente,  
Tu hijo infeliz se inmola,  
Se inmola, sí, viviendo nuevamente...  
Aquí, al salir del templo, venir usan  
Los desposados. Su segundo templo,  
Su ara de amor es ésta; aquí se sienten  
Como fuera del mundo, y ya en Los brazos  
De ese Dios, todo amor, todo clemencia,  
Que los bendijo; y al más bello y puro  
Torrente arrojan el jazmín primero  
De su fresca guirnalda...  
Duérme, duérme.  
Casta y dulce visión! duérme al arrullo  
Del mismo padre Niágara que un día  
Recién nacida te arrulló, | (1) y no ha mucho  
Recién feliz te prometió arrullarte.

Duérme, y al par que a tus guirnaldas llegue  
El perdurable réquiem que él te canta.  
Llegue a tu alma mi oración profunda,  
Llegue mi bendición a tu memoria.  
Bendita porque amaste; más bendita  
Por no ser ya mujer, porque moriste,  
Y desapareciste, y descansaste,  
Y descansó mi espíritu en tu fosa.  
Todo acabó, perfectamente todo,  
Como el Señor lo quiso... Hoy el ausente  
Regresa al fin cerca de ti. Bien cerca  
Estamos otra vez: tú en tu sepulcro  
Muerta, es verdad. . . y yo quizá más muerto  
Que tú. sobreviviéndome a mí mismo...  
¡Silencio, paz! No turbarán mis voces  
A la que fue; más fácil turbarían,  
Niágara, tu tremendo arrobamiento.  
En ti parece que comienza el mundo  
Soltándose de manos del Eterno  
Para emprender su curso sempiterno  
Por el éter profundo  
Eres el cielo que a cubrir la tierra  
Desciendes, y velada en blancas nubes  
La majestad de Dios baja contigo.  
Siempre nuevo, brillante, en movimiento  
Siempre fecundo, poderoso y fuerte  
Como el vivo raudal de hirviente savia  
Que de los pechos deslumbrantes brota  
De la madre común naturaleza,  
Despliegas tu grandeza en tu caída,  
Y alzas de aquel abismo al firmamento  
El himno de la fuerza y de la vida.  
Mas para mí la vida es un sarcasmo,  
Mi mundo ha concluído  
Mi alma es hoy incapaz del entusiasmo  
Y al quererte cantar, mi canto fuera  
Del despecho el rugido,  
O un de profundis de cansancio y muerte.  
Por variar de tedio únicamente  
A contemplarte, Niágara, he venido;  
Y al volverte la espalda indiferente  
Limpio de tu vapor mi helada frente  
Y te pago tu olvido con olvido.